

orlando luis pardo lazo

Soy foto-fija de cine y televisión, dos fenómenos que todavía se dan en Cuba. Uso una camarita digital de 4,2 megas y con esa baratija voy tirando entre fotógrafos clásicos que en los sesenta fundaron el ICAIC y el ICRT, hoy todos millonarios dinosaurios del Adobe Photoshop. De este *part-time job* sale mi inquietud civil por ese otro fenómeno colateral que ya rebasa los límites del cine y la televisión. Me refiero a los extras.

Los extras, ah. Ese ejército de resistencia fantasmal. Esa conspiración iletrada y acéfala que se multiplica a la sombra de. Bajo las mismas narices de. Una suerte de extrarquila que aún no se atreve a. Teoría del complot en el crepúsculo del proceso rextrevolucionario cubano (aprox. 1959-200x). Expedientes X en el lobby militarizado del ICRT, acaso IXRT. Extrambóticas viditas paralelas en los rodajes de los films más emblemáticos del ICAIC, acaso ICAIX. Expeditos expedientes que la Seguridad del Estado cubana nunca sabrá leer tan bien como yo (son viditas para leerlas). Y es que yo los he visto a través de mi lentilla plástica. In vivo. Clic. Día a día. Flash. In fraganti. Ah, los extras. Esa formidable oposición a nuestro *statblishment-quo*.

Por ejemplo, yo los he visto apiñarse entre la orden de "acción" y la de "corten", siempre en busca de obtener más luz (opacos Goethes de provincia) y de estar más visibles dentro de cada encuadre de cámara. Los he visto alardear a voz en cuello de sus extensísimos currículos de talla extra. Los he visto hacer gala fuera de escena de sus potencialidades histriónicas, las que ningún director ha tenido aún el talento de descubrir. Y los he visto lamentarse, con el corazón en la mano, del encasillamiento al que injustamente los somete la institución audiovisual (siempre deben interpretar a extras, cuando en realidad ninguno se considera como tal).

Yo los he visto polemizar texto-a-texto y *tête-à-tête* con guionistas multipremiados como Eduardo del Llano y Senel Paz, ambos escritores en un inicio. Lo que es más, incluso los he visto corregir este o aquel *acting* de nuestras protagonistas estrellas. Una vez fue en un teatro con Esclinda Núñez, ángel tan afable que casi acepta los consejos que le dieron no uno sino varios extras. Y otra vez fue en un teleplay con Isabel Santos, demonio justiciero que expulsó a pinga y cojones a aquella jauría del set, lo que provocó un retardo de dos días en la filmación, pues casi hubo una

huelga de extras en solidaridad contra el despotismo actoral de los protagónicos (y hasta el sindicato los apoyó: a los extras, se sobreentiende).

Yo he visto, además, cómo comen. Y es una experiencia excepcional. Acumulan alimentos para después de la guerra con. Saben que todo tiempo futuro por fuerza ha de ser peor. Son agoreros agónicos. Los extras son aquellos comecoles del film cubano *Madagascar*, empezando por Jorge Molina (quien también come lombrices y fichas de dominó, y encima delira en su empeño de dirigir y ser profesor de algo llamado Facultad de Cine y Televisión). Los extras usan cordelitos y ligas y periódicos y trapos sucios para envolver (no es un símbolo, sino un arsenal de combate). Y usan jabbitas de nylon reciclado y cucharillas de aluminio y platillos de comedor y canecas plásticas diseñadas como juguetería durante el Quinquenio o acaso ya el Quincuagenio Gris. En este sentido, son ellos los sobrevivientes.

Por lo demás, los extras jamás levantan la vista. Como los gatos, desdeñan la mano que les dio la bandeja obrera. Los extras desarrollan extrambóticas habilidades acrobáticas –vi a un ya casi anciano pasarse la madrugada haciendo el triple salto mortal, justo en la misma piscina donde el resto del equipo intentaba filmar– y en muchos de ellos se manifiesta cierto don poético constitucional –un mulatito me regaló esta composición de despecho cuyo extrafalarío título era *Ella deseó mi suerte y me dijo mucho cuidate*: "Mi mujer necesita estar / junto al que está con el dinero / y yo morir / por la naturaleza de las cosas: / adiós, malandra, / ya te amaba". El poeta ya no como el fingidor de Pessoa, sino como un extra más en la muda y burocrática nómina del ICAIC o el ICRT. Sin comentarios.

Los extras tienden a no poseer dientes desde muy jóvenes (a lo mejor nunca le salen, como si fueran una subespecie mutante: digamos, el *Homo Xtrapiens*). En enero de 2000 (el año cero), con gusto hasta me hubiera casado con una chica extra de diecitantos, de no haberla visto sacarse la prótesis dental después de almuerzo y lavarla fríamente en un bebedero de la locación. En ese momento pensé –aunque todavía hoy no sepa qué pueda esto significar–: "Dios mío, esa nena es la muerte. La mía. La tuya. La del universo entero y la de Cuba Socialista además".

Los extras no sobran ni rellenan nada. Los extras son. Funcionan como el indeseable pero inevitable contexto de cualquier producto estético nacional. Y, si por casualidad hay una secuencia de desnudos, ahí sí hay que barrerlos como moscas muertas del set. Se hacen los bobos, mitad profesionales y mitad liberales, pero al cabo son voyeuristas y tiradores natos, ultraconservadores y despotas desde el lenguaje que usan para desestimar a quienes se exhiben ante cualquiera (escenas de "encuerismo", le llaman ellos). Por cierto, los extras tienden a aparejarse entre sí de rodaje en rodaje y yo sé, de primera mano, que ninguno aceptaría semejante rol: ni para ellos, ni para sus seres más allegados. Y en esto no creo que les falte tino, pues el resto del *team* muchas veces no hace más que babearse al ver a uno o dos actores sin ropas (es el síndrome del demasiado uniforme que embiste e inviste a todo cubano desde la fundación de las milicias en 196x). Toda vez expulsados por los altavoces, igual los extras van y entonces se aglomeran frente a los monitores, para así al menos ver en diferido la cosa en cuestión. Diríase que son una plaga y un síntoma a nivel micro de lo que sucede en el resto de los cines y pantallitas de la nación, computadoras oficiales incluidas.

Hoy por hoy, en pleno postTV-exorcismo de luispavones y papitossergueras, nadie debería olvidar que fueron los extras de la Papelera de Puentes Grandes los primeros que reaccionaron en la prensa contra el filme "contrarrevolucionario" *Alicia en el pueblo de Maravillas* (1991, año capicúa), del entonces realizador Daniel Díaz, acaparando para ellos solos la voz indignada de todo un pueblo que nunca estuvo para humoradas bajo su eterna amenaza de imperial agresión. En ocasiones, he pensado en el concepto marxista de pueblo como justo eso: un comando élite de extras que son llamados a escena según la conveniencia del director.

No quisiera abundar aquí en los extras cautivos, esos pobres sancionaditos que, domingo tras domingo, son forzados a sentarse por una miseria de salario en los palcos sonrientes del programa *Palmas y Cañas* (verdadera Mazorra prerrevolucionaria, sólo que con mejores condiciones de audio e iluminación). Tampoco es mi deseo caer en columnismos políticos de este o aquel signo, género tan de moda en cualquier tema que

toque a los derechos humanos en la Cuba de la Revolución.

De todo lo anterior, por supuesto, no queda huella testimonial alguna, pues hay una suerte de pacto de secta entre los extras y, además, jamás se dejan fotografiar muy de cerca (al menos no por mi camarita Canon digital). Da la impresión de que los extras son convocados no por la productora, sino por un cuarto o un quinto poder. Sextocolumnistas por excelencia tras las bambalinas, ellos son espontáneos y ubicuos, y apenas acatan instrucción alguna de la autoridad local. Al contrario, generan la mayor densidad de repeticiones por minuto editado de filmación. Es decir, los extras serían la única causa cuántica de variabilidad nacional (motor molecular de la evolución biológica), así como la crítica más temprana a todo intento de representación Made In Cuba hoy por hoy.

Y sospecho que aún podrían ser mucho más. Acaso la democracia desenfocada que se incuba por los cuatro canales y por las decenas de películas más o menos ñoñas que se han rodado en este país. Los extras son algo así como la Cuba Secreta que en el siglo XX ni María Zambrano ni Gaspar Pumarejo advirtió. De manera que sólo ellos podrían protagonizar el auténtico cine independiente y *underground*, así como nuestra inminente televisión privada (sea por cable robado o por alquiler de casetes VHS). Sólo ellos han perdido foucaultianamente su nombre (en los créditos) y su rostro (en el plano), a la par que filman deleuzianamente como quien cava su tumba o su mausoleo: literalmente a ciegas, pues a raíz de cierto escandalito de plagio, está vigente ahora una resolución ministerial que prohíbe enseñarle a un extra el guión. Así, ellos nunca saben en qué proyecto los ha enrolado el Estado (único productor, o coproductor cuando se trata de capital extranjero). Los extras son, pues, como los ciegos cínicos de *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato. Y atención, por favor, porque esta es una situación tan alienada como la de los proletarios ingleses y alemanes descritos en *El Manifiesto Comunista* de 184x, si bien aquellos tampoco se decidieron nunca a rebasar el *storyboard* de la allí pronosticada revolución laboral.

El propio presidente Fidel Castro Ruz, en más de un sentido catalogado mundialmente como un líder extra-ordinario, se ha referido a estos fenómenos de manera más o menos velada a lo largo de sus discursos. Pero ningún

taquígrafo del Consejo de Estado ha parecido reparar en ello. De suerte que "L'Éxtrat c'est moi", dicharacho que pasa de boca en boca entre la cofradía de los extras, sigue siendo un slogan olímpicamente ignorado excepto por los trabajadores del medio cubano audiovisual. Por ejemplo, yo.

Pero lo mío no es conceptualizar, sino disparar fotofijas de cine y televisión, dos fenómenos que todavía se dan en la Cuba del XXI. Y para semejante *part-time job*, con mis 4,2 megas digitales me basta y me sobra para codearme con los clásicos que en los años sesenta participaron en la fundación bien del ICAIC o bien del ICRT. El resto son sólo mis inquietudes civiles colaterales. No por importantes menos intrascendentes: material adjunto para apoyar alguna que otra narración sin título (*st*). Como esta, supongo.

Consummatum extra.

Orlando Luis Pardo Lazo
La Habana · 71

x/t